

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD

A modo de introducción...

Desde hace ciento treinta años nuestra comunidad de Alemanes de Russia, o de Alemanes del Wolga como la conocemos mejor, y sus descendientes viven en nuestro suelo, trabajan, se desarrollan y sienten al ritmo de crecimiento de nuestra tierra.

Cada vez que, en las aldeas entrerrianas, en las colonias bonaerenses y pampeanas y en cualquier lugar de todas las provincias, se recuerda esta situación **nos preguntamos** el cuál es el **verdadero motor** de la vigencia de nuestra comunidad.

Esta pregunta es importante **para nosotros** mismos: porque necesitamos revitalizar la energía que nos ha legado esta ancestralidad de inmigrante y con la que vibramos profundamente como seres argentinos, deseando construir nuestra patria con la misma humildad y con la misma fuerza y constancia como lo hicieron nuestros abuelos.

También es importante *para nuestros hijos*, ya que es el único modo de continuar la tarea de la construcción con las mismas convicciones y valores de nuestros antepasados.

Y esta pregunta de cuál es el verdadero motor de la vigencia de los Alemanes del Wolga, es importante **para nuestra sociedad**, ya que es ella la que nos reconoce como "Alemanes del Wolga" con determinadas características, subrayando nuestros valores y también nuestras caídas; nuestros sueños y nuestras esperanzas y fundamentalmente nuestro compromiso a seguir adelante.

Y ya no hablamos desde las colonias o desde las aldeas sino que nuestra comunidad se encuentra imbricada profundamente en cada uno de los pueblos del país, como se demuestra esta actividad que hoy estamos realizando en Florencio Varela.

Cuando uno, luego de mas de ciento treinta años de historia silenciosa y fecunda, vé como aparecen juntas las banderas argentinas y germana, escucha las canciones de nuestros abuelos, disfruta el pintorrequismo de sus danzas y degusta la exquisitez de sus comidas, es porque estamos ante un valor importante de la comunidad: es la **identidad**. Y cómo hay que seguir en la tarea de reinterpretarla y seguir construyéndola.

Nos encontramos en un **marco** donde se desea mostrar la vitalidad profunda y dinámica de todo un pueblo, a través de su historia, de su cultura y de sus tradiciones.

Los libros que se exhiben, los documentos y los datos de la trayectoria de todo un pueblo es mucho más que una evocación del pasado. Es un llamado a revisar la profundidad de una cultura que mantenemos los descendientes de aquellos ancestro inmigrantes. Los objetos hogareños, los

documentos, los cuadros que reinterpretan en la actualidad un modo de ser. La presencia de escritores, de conjuntos de baile y de música folklórica del pueblo volguense, de exquisiteces ofrecidas para degustar es la forma que hoy tenemos para recuperar las fuentes históricas, tan importantes como emblemáticas y para presentarlas a nuestros hijos y a la sociedad entera. Los objetos que se exponen, como mudos testigos de una vida profunda y rica, los diarios y revistas y boletines parroquiales y populares de los primeros tiempos de nuestra instalación volguense en la Argentina, marcan el indicio de capturar desde el origen todo rasgo, todo testimonio, toda fuente de la vida y de la historia del pueblo.

La identidad

¿Qué es la identidad? ¿Cómo se forma y se construye? ¿Cuáles son los elementos que la componen? Esta es la pregunta que nos hacemos todos los días.

Son los propios valores, las historias, las costumbres, las conductas éticas, los ritos, los modos de reír y de llorar, los que caracterizan la vida de un pueblo y de la comunidad. Luego de ciento treinta años de encontrarse los “Alemanes del Wolga” en la Argentina, esta comunidad siente orgullo en presentarse de ese modo. Esa forma de presentarse es su identidad.

Cuando esta identidad, esta personalidad es percibida como tal por la sociedad o comunidad que está al lado, significa que la identidad es reconocida por los otros. Este reconocimiento de la diferenciación hace que las distintas comunidades, que están unas junto a otras, crezcan, se enriquezcan, se proyecten en la historia de la sociedad global como una única sociedad integrada, con sus distintas cualidades y diferenciaciones individuales. Estas identidades son las que le permiten a la sociedad, vivir y desarrollarse en libertad, en tolerancia, con respeto y autoestima.

La esencia de tener una identidad y de diferenciarse del resto de las comunidades, constituirá el núcleo de nuestra presentación en el día de hoy.

La **primer pregunta** por la identidad **¿quién soy?, ¿quiénes somos?**, representa la cuestión más importante de la historia de la humanidad. Historiadores, teólogos, antropólogos, filósofos y científicos se hacen esta pregunta. Su respuesta representará paz y serenidad para el espíritu tenso de la persona humana que marcha hacia la construcción de su destino.

Como comunidad Alemana del Wolga también nos hacemos esta pregunta. ¿Quiénes somos? ¿Por qué somos como somos? ¿Qué es lo que ven en nosotros? Las respuestas que encontremos para definir esta esencia de nuestro ser como comunidad, permitirá en el presente reconocernos con verdadera autoestima y respeto, situación que se proyectará a nuestros vecinos; hacia el pasado será el reencuentro profundo con nuestras raíces. Hacia el futuro, será la construcción del propio destino.

El objeto de esta conversación es definir “lo que es nuestra identidad”. La identidad se expresa siempre a través de dos momentos: lo que somos, la esencia de nosotros mismos y, en un segundo momento, cómo nos ven desde el afuera de nuestra comunidad.

¿Cómo somos? La esencia de nuestro ser la constituye el nombre, la personalidad, las características físicas, espirituales, culturales, las señas individuales. Cuando se intenta definir a una comunidad, el problema es mayor, y la perspectiva es distinta. No es sólo la suma de individuos que la componen. Es la resultante estructural de la suma de los individuos, de su convivencia y de sus interrelaciones. Es aquí donde se adicionan dinámicamente las diferencias, las igualdades y el modo de convivir entre todas.

Identidad es también la autoconciencia de saber quien se es. Este concepto no es ni unívoco ni estático; por el contrario, es dinámico ya que puede alcanzar hacia el futuro lo que la comunidad sea capaz de soñar y hacia el pasado, el tiempo al que pueda llegar con la memoria. Cuando una comunidad sabe quién es y sabe de dónde viene, es posible afirmar que dicha comunidad sabe hacia dónde va, porque tiene una personalidad definida, autoconciente, rastreadora de sus raíces en el tiempo. Aún en aquellos casos en que una comunidad no está situada hoy en el mismo lugar en el que estuvo antes.

Es aquí donde se plantea cómo una “comunidad que emigra” puede construir su identidad.

Identidad puede ser un concepto complejo, polémico, visto de distintas miradas y desde distintas ideologías. Vamos a aproximar una definición globalizante: un conjunto de cualidades o valores por los que un grupo se ve íntimamente conectado en función de un destino a cumplir. Identidad es lo que soy y también es lo que quiero ser. En este juego dialéctico entre “lo que soy” y “lo que quiero ser” se instala dinámicamente el tema de la construcción de la identidad. Del mismo modo que el hombre como “peregrino de esta tierra” camina desde su “soy” hacia su “querer ser”, su destino, su tierra prometida, en los términos del escritor francés Gabriel Marcel, nuestra comunidad puede considerarse como una “comunidad migrante”, una “comunidad peregrina”, como la han llamado distintos historiadores y escritores de nuestro pueblo, en un duro camino entre “lo que soy” y “lo que quiero ser”. Este acercarse a un “querer ser” es lo que distingue a la persona humana del resto de los vivientes: es el caminar hacia la perfección. Nuestro destino es “ser mejor”.

El valor que marcará la dirección de esta construcción es la libertad, único modo de ser totalmente “nosotros mismos”.

Sus componentes

Vemos algunos componentes de la identidad:

Un primer componente lo constituye el paquete de señas individuales y de cualidades personales y sociales compartidas: la lealtad grupal se construye a partir de aquellos elementos primarios comunes a todos: la lengua y el territorio, la religión, el género, la clase, la etnia, la profesión, la lengua, la sexualidad, la nacionalidad. Es también “lo cultural”, lo que aparece como primera expresión del grupo. Es el modo de ser, de comportarse y relacionarse, de comer y de hablar, de cantar y divertirse, de llorar y sentir. Las expresiones, de carácter implícito, pueden ser percibidas principalmente en las acciones

rituales de la comunidad; las conductas que se tienen ante el nacimiento o el bautismo, ante una boda o un entierro, una fiesta, una pena.

El **segundo** componente es **la apropiación de lo anteriormente dicho**: Es el valor de lo que se tiene: es lo que tengo y por ello valgo. Es el auto reconocimiento como comunidad. No estamos hablando de consumo: tener cosas materiales. Estamos hablando de cultura. Es el reconocimiento de lo que se posee culturalmente. Este modo de sentirse poseedor de la comunidad marca un avance en el sentido de sentirse “perteneciendo” a la comunidad. Es así como se produce la interactividad entre la comunidad y el individuo. Siempre es la comunidad la que otorga el valor de identidad al individuo. Siempre es el individuo el que con su riqueza, refuerza el valor identificador de la comunidad.

El **tercer** componente es el **reconocimiento de “los otros”**. No alcanza con decir que “tenemos determinadas características”. Importa que sean reconocidas por los demás. Es el momento del descubrimiento: somos lo que somos, porque, también los otros, así lo consideran. Para un niño no hay mejor reconocimiento que el de sus padres. Para un grupo humano, no hay mejor reconocimiento que el que le otorga la comunidad que lo alberga, tratándose de inmigrantes; o de la comunidad que está al lado. Es decir, “somos lo que somos a los ojos de los demás”.

En la medida en que “los otros” nos reconocen, nuestro auto reconocimiento se transforma en autoestima, la que se expresará definitivamente como el amor o la preocupación por la comunidad, el respeto por sus derechos y la contribución que la comunidad realiza al resto de la sociedad.

Sus formas negativas

Siendo esta construcción muy dinámica, pueden darse expresiones negativas.

La construcción de la identidad **puede debilitarse** cuando desde dentro de la comunidad aparece lo contrario a la autoestima: la disociación, el inconformismo de sus miembros, la crítica, la lucha por los pequeños espacios de opinión o de poder.

También aparecen **situaciones foráneas** que debilitan la identidad: es la falta de reconocimiento y de respeto, con culpa o sin ella; expresiones discriminantes o devaluadas del grupo. En definitiva, la humillación. En todas nuestras comunidades tenemos ejemplos de negatividades internas y externas.

No obstante, el péndulo que va entre la autoestima del grupo y las opiniones negativas externas, marcará una tensión constructiva hacia la recuperación de la estima. Si las fuerzas negativas son mayores a la capacidad de resistencia, la comunidad tenderá a desaparecer.

Coexistencia

Todas las identidades **presuponen la existencia de otras comunidades**, iguales en conformación a la nuestra pero con una vida, valores, costumbres y formas de pensar totalmente diferentes. Al momento de

la gran inmigración en nuestro país, llegaron junto a nuestros antepasados, contingentes de italianos, de españoles, con sus características propias y regionales, judíos, armenios, franceses, rusos y muchos otros. Junto a ellos, estaba la población acogedora, los criollos y en muchos casos también, los habitantes originarios. Hoy el proceso migratorio es mucho más extenso por el deslizamiento de grandes poblaciones desde los países limítrofes o, incluso, de grupos de población interna que desde las provincias se acercan a los grandes centros urbanos.

Con todos ellos se debe construir la identidad. **La sociedad no es un campo de batalla entre el “nosotros” y “los otros”**. Esta oposición siempre ha existido en la historia. La forma mas exagerada es la guerra. Formas menores constituyen las razones de oposición dentro de una sociedad. No nos debe asustar esta afirmación. De hecho, está en los comienzos de nuestra comunidad la que por distintas situaciones de oposición tuvieron que migrar. Lo hicieron en el S. XVIII, en Alemania, para marchar a Rusia. Lo hicieron en el S. XIX, en el Valle del Wolga, para marchar a Argentina. Qué otra razón pudo haber que no sea el sentirse inferior dentro de la comunidad, sin respeto, sin autoestima, sin reconocimiento. O ¿no son estas las expresiones que genera el hambre, la desocupación y la guerra?

Hoy no vivimos ni en guerra ni con oposición. Simplemente, nos planteamos cómo seguir construyendo nuestra identidad en conjunción con todas las comunidades que la sociedad alberga.

Veamos ahora cómo todo este esquema teórico, se expresa en de la historia de la instalación en Argentina de los Alemanes del Wolga.

Necesidad y promesa

En todo proceso migratorio se conjugan dos situaciones claras y sensibles: el punto de origen, o de partida que se explicita a partir de múltiples necesidades o ausencia de valores y elementos primarios para el desarrollo de la vida de una persona o del grupo. La segunda situación es el punto de destino, es la promesa de que aquellas necesidades van a ser cubiertas. Y entre esa situación de necesidad y de promesa se encuentran “personas”, de carne y hueso. Que se sienten humilladas por dejar un lugar, extrañando con tristeza lo que se deja: la familia, la tierra, los olores del pueblo y los afectos, al igual que la historia aunque no resulte claramente explícita.

Y está lo que se adquiere: **la promesa es el motor que da fuerza a la esperanza**, a la lucha, a realizar situaciones imposibles, tales como no saber donde se iría a parar en los confines del Wolga, ni se sabía lo que era luchar contra más de tres mil quinientos kilómetros de travesía.

Necesidad y promesa son los puntos claros de toda comunidad que ha migrado y en todo este proceso de migración se construye lenta y progresivamente la identidad. No existe una migración por placer. No se llevan consigo los olvidos. Se llevan los recuerdos.

Nuestros antepasados al llegar a las tierras del Wolga y durante más de cien años de permanencia en la región, definieron un tipo de identidad. Tenían la seguridad de no volver a sus tierras germanas y conocían su disgusto por el

suelo ruso. La construcción de la identidad se realiza mediante un fuerte cerrojo a todas las condiciones de su vida. Se cierran con su lengua propia. No necesitan hablar el ruso para sobrevivir. Lo hacen sólo quienes comercian o los que trabajan con ellos. El resto de la comunidad se vale con la lengua madre. No necesitan de la religión rusa. Para ello han traído a sus pastores y a sus sacerdotes. Creen que es válido mantener cerrada la comunidad al no mezclar la sangre en los matrimonios con los rusos. El matrimonio se realiza entre los hijos de las propias aldeas y colonias.

Y así sobreviven por más de cien años.

Cuando llegan a nuestro país reclaman vivir en colonias o aldeas. No porque resultaran las mejores soluciones sociológicas o antropológicas. Simplemente lo deseaban así por temor a una nueva lengua desconocida, por extrañeza frente a valores culturales distintos y, fundamentalmente, porque no sabían vivir de otro modo. Sólo reproducen lo que saben hacer.

La identidad en los Alemanes del Wolga

En realidad, durante **la primera etapa** de instalación en nuestro país, la comunidad alemana del Wolga vive como lo hacía en Rusia, en sus aldeas y colonias, manteniendo su lengua, su religión y la familia. Nada de integración con los pobladores que vivían “al lado” o “enfrente”. Nada con “los otros”.

Al igual que en Rusia, pueden vivir sin necesidad de hablar la lengua local; podrían tener afinidades con los aspectos religiosos, pero mantienen sus propios ritos y formas litúrgicas traídas desde Alemania y del Wolga y siguen con sus ideas de no mezclarse con “los otros” en términos de matrimonio. Esta es la identidad, las formas de ser y comportarse en un primer momento.

Queda claro que no hay reconocimiento por parte de “los otros”. No existe un intercambio de autoestima. Por el contrario, pueden aparecer ciertas situaciones de enfrentamiento, o de humillación frente a la opinión de los otros.

Un segundo momento **es la transición**, que puede extenderse hasta fines de la segunda guerra mundial. Entre 1940 y 1960. Suceden en esos tiempos algunos hechos que deben ser considerados como importantes porque comienzan a producir algunos cambios en la identidad de nuestra comunidad.

La ratificación de la **enseñanza del castellano**, el crecimiento fértil de nuestras familias, una relación deficitaria con la densidad de la tierra, la llegada de “nuevas voces” en castellano a través de la radio, que se profundiza con la aparición de las **radios “a pilas o a transistores”**, hacen que estas barreras, consideradas rígidas y fuertes como eran la lengua, la religión y el matrimonio, comiencen a debilitarse y a ser franqueadas en ambas direcciones.

El refuerzo del idioma castellano, la necesidad de que los hijos mayores que no “caben” en las parcelas de cultivo originariamente cedidas, deban emigrar, son los primeros impulsos de la comunidad para salirse de ellas. Es el momento de la integración. Dura al comienzo. Cada familia tiene sus historias que explicitan estas rupturas. El primer casamiento con un “schwarz” generaba grandes complicaciones para las rígidas costumbres de las familias alemanas. Y comienza el proceso de compartir la lengua. Quien demora más en

aprenderlo es la mujer, la que debe hacerlo a través de sus hijos, ya que a ella le estaba vedada la vida social. No hacía negocios, no trabajaban, no tenía necesidad de contacto con “el otro”. Y aprende el idioma a través de sus hijos que lo hacen en la escuela.

Este momento histórico puede ser situado entre fines de la década del cuarenta hasta los festejos del centenario de la llegada de los Alemanes del Wolga a la región.

A partir del centenario, **la tercera etapa**, nos encontramos construyendo la identidad. Sobre las bases de las etapas anteriores y con el respeto y la estima de la sociedad que está al lado o enfrente, o simplemente, con el respeto y la estima de “los otros”, nuestra comunidad construye la identidad sobre los valores compartidos y consensuados dentro de la misma. Y entonces, aparecen los valores de una identidad construida con mucha nitidez; es el esfuerzo, la valoración por el trabajo, la constancia para encarar las acciones, una ética que se construye y distribuye a través de la familia, el compromiso con la educación propia y familiar. Estos son los valores reconocidos por “los otros” y que han sido apropiados por “nosotros” como la mejor herencia de una comunidad que ha construido su identidad con fortaleza. Cuando escuchamos *“miren a esos rusos, cómo trabajan”* estamos asistiendo a una confirmación del valor identificatorio del trabajo y del esfuerzo.

Aquí es donde aparecen con mayor nitidez los aspectos y valores que la comunidad volguense puede exhibir. El “nosotros” deja de ser un entorno cerrado de una colonia o una aldea. Es cuando el concepto del “nosotros” se hace más amplio, y se integra a la sociedad.

Justamente son las diferencias las que definen la identidad. No diferencias para oponerse, ni para sentirse por encima del resto de la sociedad. La identidad es algo que debe definir a una comunidad para que esta sea mejor para si misma, mas respetada por los otros.

Vuelven a aparecer los valores con que se señalan a nuestra comunidad: el apego al trabajo, la cultura del esfuerzo, una línea vinculada con las tradiciones mas importantes de la comunidad: la ética, el valor de la familia, el respeto, la palabra empeñada.

Y vuelve a aparecer el concepto del “poseer”. Para mantener el carácter dinámico de la construcción de la identidad es necesario volver a “poseer” todos aquellos elementos con que la comunidad fue identificada: su lengua con los distintos dialectos, los aspectos vinculados con el arte, en el cancionero, en la artesanía y en la gastronomía.

Nuestra identidad cultural como “Alemanes del Wolga” no es contradictoria con otras identidades culturales que nosotros mismos podamos contener. Primaria y absolutamente somos argentinos. Nuestra identidad como argentino no es excluyente de la construcción de la identidad de Alemán del Wolga, como tampoco son excluyentes las identidades culturales originadas en los vínculos culturales de la vida social (el fútbol, la política, el trabajo, las actividades solidarias o cooperativas, las profesiones o las aficiones personales) Cada una de estas identidades puede concurrir con distinto grado de intensidad sin excluirse.

Para concluir:

Nos preguntamos cómo será la construcción de la identidad hacia el futuro.

En **dos pasos: uno** es la construcción de la identidad **hacia dentro** de nuestra comunidad: el eje fundamental es la memoria: la recuperación de nuestra historia, valores, costumbres y modos de ser. La historia y las costumbres se recuperan también a través de los objetos. La música y la oralidad a través de nuevas tecnologías y mejores conocimientos de los dialectos. Estos no pueden perderse. Quizás el desafío más importante que tenemos por delante para esta construcción, es la recuperación de los dialectos. Es la lengua la que representa de un modo fiel el modo de vida y la calidad de vida de una comunidad. Del mismo modo que reclamamos con la memoria que no se nos mueran nuestros abuelos, así también reclamamos que no se mueran nuestras voces, nuestros dialectos, nuestra lengua.

Un **segundo** paso es la construcción de la identidad **hacia fuera**, hacia “los otros”. Aquí ponemos en juego nuestros valores: aquellos por los que nos han conocido, el esfuerzo, el trabajo, la constancia, el silencio. Pero también, aquellos valores que podamos ofrecer a la comunidad total: la solidaridad y el afecto.

Nuestros antepasados, a lo largo de estos doscientos treinta años, fueron tejiendo en silencio, tozudamente, con esfuerzo, sus sueños. Los sueños de ser “mejores” algún día.

Nosotros somos los hijos y los nietos de esos sueños. Aquellos sueños son nuestro compromiso y nuestro desafío. Tenemos que cumplir con este compromiso y con este desafío. Por lo que estamos viendo en nuestras comunidades, en nuestras aldeas y en nuestras colonias, en nuestra integración en la sociedad global, en nuestra historia reciente.

Prof. Horacio Agustín Walter,
LA PLATA, 7 de noviembre de 2009
horacioawalter@hotmail.com